

Toque de queda

I

Yo dejé en tu mano
una senda obligada hacia lo efímero,
un paisaje imprevisto de sol en la mañana,
acaso un tiempo de tiniebla
sobre los restos olvidados de la tarde.

Entregué a tu voluntad una estación
de nieve prematura,
un desierto de obstinadas horas de desidia
que busca su dominio y se derrama
en el límite vivido de tu exilio.

Entre tanto, la primavera parecía dotar al aire
de lentos pasadizos,
de enigmas vacíos, que en tu nombre
encierran voces de tristeza milenaria.



Imagen tomada de: <http://www.morguefile.com>

Pero debiste volver,
—como sólo tú sabes hacerlo—
al principio inveterado de la noche,
donde el cuerpo se pierde en su naufragio,
donde no hay más luz
que la que vierte tu mirada.

II

Entre tu sombra y la mía, el viento se revuelve
en círculos furiosos, en exuberantes cimas
que ensombrecen la tierna guarida de tus brazos.

Hay un instante de claridad de la tarde
que acaba detrás de las esteros,
en el hueco diminuto de un árbol olvidado,
en las embarcaciones quietas del Canal del Erdre.

Sólo en ti vive el paisaje
y en él acechan todos los silencios.

El camino que me brindas
es caudal precipitado que se apresura y salta
en los altos rincones de la aurora.

En ti deben alzarse las criaturas que no vemos,
el misterio sin bruma, el amor a salvo...
a la deriva.

III

He de dejar el tiempo en la arboleda,
perseguir las estaciones
donde la tierra ceda sus delicias,
donde amar de nuevo sea salir y tomar parte,
dibujar sobre la luz su firme trayectoria.

Huir de aquellos gestos invisibles que el azar ha convertido
en presagios de fuego y vanas esperanzas.

He de restaurar en tu memoria
el misterio de un amanecer callado y nuestro,
saberte aún mi solo confidente
frente a todas las conjuras del invierno;
que embriagados de paz en la mañana
se enturbie un rumor de nieve súbita:
la materia constante del olvido. ■